

2 de agosto de 1898
25 de diciembre de 1979



Rvdo. D. Sebastián Monclús Salas

Nació don Sebastián en Abiego, provincia de Huesca.

Sus padres, Sebastián y Josefa, de honda raíz cristiana, se distinguieron por su vida piadosa y caritativa que procuraban inculcar a sus siete hijos, de los cuales el único varón fue don Sebastián. Mucho se lo habían pedido al Señor, con la promesa incluso de consagrárselo.

Gozaban de gran patrimonio familiar con abundantes tierras de labranza y bastantes jornaleros a su servicio, a los cuales trataban como verdaderos hijos. Era admirable, por ejemplo, el interés que ponían en proporcionarles a todos la instrucción que necesitaban. A cambio de todo únicamente les exigían una buena conducta y una vida cristiana sincera.

Don Sebastián nacía el 2 de agosto de 1901. Desde su tierna edad se le vio inclinado a todo cuanto sabía a piedad, virtud y pureza, influido sobre todo por el ejemplo de sus buenos padres.

A los seis años pierde a su madre, pero sus hermanas le hacen sus veces con todo cariño e interés. Es monaguillo de la parroquia y a los siete años recibe la Primera Comunión. Una vez terminada la enseñanza primaria, a los 14 años, va cada noche a la escuela nocturna para continuar su aprendizaje pues, como poseía cualidades para el estudio, su padre quería que tuviese una formación y cultura completa.

Desde entonces se dedica al trabajo de la labranza y su padre se encuentra satisfecho de ver al hijo en la administración de sus tierras.

Contaba ya 16 años y era frecuente oírle, cuando regresaba a su casa, después de haber estado con sus amigos, que su gran ilusión sería llegar a ser sacerdote. Así se lo planteó un día a su padre. Este, cristiano profundo, respetó su deseo, no sin sentir en el alma que su hijo lo abandonase cuando comenzaba a ser para él la mayor ayuda y la mejor compañía. Sus hermanas y su tía, que se encontraban en el convento de Abiego, y otras dos tías que vivían en las Reales Descalzas de Madrid, hicieron lo posible

para que el Rector del Seminario de Huesca examinara al candidato y lo admitiese aquel mismo curso si lo hallaba con la preparación suficiente.

Empezó muy contento sus estudios eclesiásticos en este seminario. Los domingos y días festivos participaba en los recreos y veladas que se hacían en el patio de las Escuelas Salesianas de dicha ciudad.

Y es aquí donde empieza a descubrir la vocación a la que se considera llamado, pues era aquello lo que él buscaba y anhelaba.

Expuso su caso al Rector del Seminario, el cual le aconsejó que esperase un poco. Mas él, sintiéndose llamado a la vida religiosa y salesiana, consiguió de su padre el permiso e ingresó en el aspirantado de Campello (Alicante). Al cabo de tres años entraba en el Noviciado de Carabanchel Alto (Madrid), haciendo su primera profesión religiosa en Sarriá en octubre de 1921.

Al poco tiempo de su profesión es llamado al servicio militar del que consigue librarse, ya que su padre paga la cantidad prescrita entonces para estos casos. Pero cuando estalla la guerra de Melilla es llamado de nuevo y tiene que ir. Allí se dedica a instruir a los soldados, siendo trasladado por poco tiempo a las oficinas.

Al fin pudo reanudar su vida religiosa, con sus estudios de filosofía, en Sarriá desde 1922 a 1924. Realiza el trienio práctico en las casas de Campello y Ciudadela. Sus estudios de teología en Campello del año 1929 al 1932, celebrando su primera misa solemne en el convento de las Clarisas de Abiego donde aún se encontraban sus dos hermanas religiosas y su tía.

Al poco tiempo de ser ordenado sacerdote estalla la guerra civil española. Don Sebastián es detenido junto con otros nueve salesianos. Al ser interrogados y preguntándoles a qué se dedican contestan: «Somos maestros para los niños pobres». Y ello es motivo para que los dejen. Cada uno se refugia donde puede. Don Sebastián consiguió encontrar asilo en la casa de campo de una familia cristiana y honesta que le recibe con los brazos abiertos. Mientras vive con ellos les ayuda en las faenas del campo, da clases a sus hijos y, por la noche, celebra con ellos, en la intimidad, la eucaristía.

Con alguna otra peripécia pasa este tiempo de guerra hasta que puede, por fin, reemprender su vida salesiana en la casa de Ciudadela como maestro y confesor.

Más tarde pasa a las casas de Azcoitia y Villena, regresando después a Barcelona, donde durante muchos años realiza su vida sacerdotal como vicario en las parroquias de San Juan Bosco y de Sant Vicenç dels Horts. En dicho ministerio atiende a distintas capellanías religiosas. Pero sobre todo se dedica a la catequesis y al ministerio de las confesiones. Finalmente, a partir del curso 1967-68, llega a esta casa de Rocafort.

Durante estos últimos años de su vida, además de dar algunas clases, emplea fundamentalmente sus horas en la dirección espiritual a través del

Sacramento de la Reconciliación y presta su ayuda sacerdotal en alguna parroquia cercana al colegio. Ya en estos años, viendo que no puede valerse por sí mismo, se le procura una asistencia continua, mientras él va llenando su vida en largos ratos de oración y, como solía repetir frecuentemente, esperando la llamada del Señor.

Cuando la Inspectoría inaugura la residencia de Nuestra Señora de la Merced para los salesianos ancianos y enfermos es trasladado a ella. Allí, el día de Navidad, oyó que le llamaba la voz que tanto había esperado.

Sus funerales se celebraron al día siguiente con la presencia del señor Inspector, don Alfredo Roca, y la representación de todos los hermanos de la Inspectoría que en aquellos días se encontraban reunidos para preparar el Capítulo Inspectorial 80.

Sin duda que en don Sebastián brillaban muchas de las virtudes que adornan a todo salesiano fiel a Don Bosco; pero entre ellas queremos destacar la bondad y la sencillez que le acompañaron a lo largo de sus muchos años de maestro y sacerdote. Quizá por esto el Señor se lo quiso llevar a celebrar junto a El la fiesta de una Navidad sin fin, mientras nosotros celebrábamos aquí abajo la fiesta entrañable y familiar de su Nacimiento temporal.

Que descansen en paz el siervo bueno y fiel, junto a tantos otros salesianos que yacen, en comunidad de descanso, aguardando la resurrección definitiva.

Al mismo tiempo que os pedimos un recuerdo en vuestras oraciones por don Sebastián, queremos dejar patente nuestro agradecimiento a las Salesianas, Salesianos y enfermeras que con tanto cariño le cuidaron en sus últimos días en la nueva residencia de Nuestra Señora de la Merced de Martí-Codolar.

También os pedimos una oración por esta comunidad que desea ser fiel a la misión en la que tantos salesianos que nos han precedido gastaron sus energías y dejaron su vida, logrando para la obra salesiana de esta casa la popularidad, el aprecio y el respeto de que goza.

Os saluda a todos fraternalmente.

LA COMUNIDAD DE ROCAFORT

Barcelona, 1 de agosto de 1980.

